

El autor recuerda que Europa se ha construido con grandes consensos, por lo que pide ampliar las bases para posibilitar un acuerdo de futuro.

Con el futuro de Europa nos jugamos mucho



José María Beneyto

Los resultados de las elecciones al Parlamento Europeo han confirmado en gran medida lo que apuntaban los sondeos. Entramos en una legislatura de mayor fragmentación, un aumento de los partidos con tendencias euroescépticas o directamente contrarias a la Unión, y mayores dificultades de generar el consenso necesario para resolver los muchos problemas que se hallan encima de la mesa y asoman por el horizonte. Esos rasgos de erosión y relativo desgaste de los fundamentos y las fuerzas políticas que han hecho Europa posible durante más de sesenta años proyectan lo que está ocurriendo al nivel interno de los países, con la ascensión de los populismos, los nacionalismos y la puesta en cuestión de cómo se han hecho las cosas hasta ahora, pero con el futuro de Europa nos jugamos mucho: nos jugamos no solo la estabilidad y la prosperidad de nuestros países, sino una parte importante también de la estabilidad y prosperidad mundiales. Europa se enfrenta a algunos de sus desafíos más importantes justo cuando debería de estar unida y perseguir con determinación los objetivos que le permitieran navegar con cierta seguridad las incertidumbres de un mundo radicalmente en cambio.

Lo inmediato va a ser tener que decidir por los Estados miembros sobre el nuevo reparto de los puestos principales en las instituciones: las presidencias del Consejo Europeo, la Comisión, el Parlamento, el Banco Central Europeo y el Alto Representante para la Política Exterior y de

Seguridad. Esa negociación no va a resultar nada fácil y es probable que se prolongue durante meses y que haga que se extienda el mandato de los cargos actuales más allá del 1 de noviembre, la fecha prevista para que se produjera la sucesión.

En paralelo, seguirá su curso el Brexit, cada vez más envuelto en el proceso entrópico en el que se ha situado, con muchas posibilidades de que acabemos con un Brexit duro y un primer ministro británico dispuesto a jugar una extraña carta, la de una Gran Bretaña convertida en una isla autárquica, extravagante al sistema multilateral que ella misma ayudó a dar a luz junto con Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial, obteniendo ventajas de acuerdos puntuales y, quizás, de una fiscalidad y regulación laxas, con la aparente libertad del corsario. Ojalá no sea así, pero sin duda sería una muy mala señal para las aguas turbulentas en las que nos estamos introduciendo a nivel global, y esa opción estratégica se situaría en las antipodas de la narrativa que la Unión Europea ha trabajado estos últimos años, en un esfuerzo impropio de re-legitimación, y que le hace aparecer como un bastión del orden liberal, el comercio libre, el multilateralismo, los principios de Naciones Unidas y el Estado (social) de Derecho.

Programa de mínimos

En realidad, no cabe otra alternativa para Europa y sus ciudadanos, si no quieren ser arrastrados por las olas de una historia que amenaza con engullir gran parte de lo que sostiene esa estabilidad y prosperidad europeas, que un gran acuerdo entre los partidos que no son antieuropeos –y ello incluye desde los democristianos y conservadores (como los Republicanos franceses), pasando por



Imagen del Hemiciclo del Parlamento Europeo.

La Unión Europea debe volver a estar al servicio de los ideales y los fundamentos

el centro liberal y la socialdemocracia, hasta llegar puntualmente a los Verdes – que consensara no sólo los puestos institucionales, sino sobre todo un gran programa de mínimos para los próximos cinco años que fuera capaz de hallar soluciones comunes a, al menos, las siguientes cuestiones que Europa tiene planteadas:

1. Una respuesta común frente a la ascensión de China y el desafío que supone su potencia tecnológica, comercial, y geoestratégica. Ello implicaría respaldar la política de la Comisión en relación con la revisión de los instrumentos tradicionales de la política comercial de la Unión y la introducción de objetivos de política industrial en una se-

rie de áreas de acción cruciales para la UE, como la competencia o el mercado único. No se trata de una estrategia de confrontación con China, sino de determinación, objetivos claros y capacidad de negociación; la única manera de lidiar con el desafío chino es mostrando seguridad y firmeza a la hora de la defensa de nuestros intereses, a la vez que se negocia en un marco de reglas previamente establecido.

2. Una voluntad decidida de profundizar en las políticas que la UE ha puesto en marcha y cuyos sucesivos hitos de realización no deben de ser obstaculizados. Ello hace referencia en primer término a las medidas que deben de adoptarse para la realización de la Unión Bancaria, la Unión de Capitales, la Unión Económica, y algunos pasos necesarios para situar en el horizonte la Unión Fiscal; en fin, cumplir con la hoja de ruta para llevar a término la Unión Económica, tal como se estableció en el Informe de los cuatro Presidentes de las

principales instituciones. Pero ello implica también proseguir en la realización de las otras grandes políticas que constituyen el horizonte de prosperidad y de respuesta adecuada de la Unión a los grandes retos de la digitalización y el cambio tecnológico, la transición energética y la inclusión social: mercado digital, unión de la energía, economía circular, regulación de la privacidad y la ciberseguridad, seguro de desempleo europeo y políticas activas de formación.

3. Avanzar coherentemente en la Política Común de Defensa, con la progresiva puesta en marcha de los diferentes mecanismos previstos, como el Fondo de Defensa, o una "autonomía estratégica" que en ningún caso puede suponer una alternativa a la OTAN, si no, como se definió hace mucho tiempo, una división de funciones con operativa común dentro de unos objetivos diferenciados pero no contradictorios. EEUU es y debe seguir siendo –aún más en los próximos años en los que la competencia estratégica entre americanos y chinos no dejará de acrecentarse en todos los terrenos– nuestro principal aliado y nuestro principal socio comercial e inversor. Europa no puede jugar a la indiferencia o el oportunismo en la rivalidad China-EEUU; lo que no significa que no deba negociar e interactuar con China.

4. Sentar las bases de entendimiento para una política migratoria común y una política de seguridad interior (espacio de seguridad y justicia) que responda de forma eficaz a las preocupaciones e inseguridades expresadas por un número respetable de ciudadanos europeos, que votan a la extrema derecha. Europa es más que la Unión Europea; la UE debe de volver a estar al servicio de los ideales y los fundamentos, de las raíces culturales, que la han hecho posible. En el pasado, Europa se ha construido a base de grandes consensos, y los europeos no deberían caer en la desconfianza o el desánimo respecto a sus propias capacidades. Lo que hace falta es ampliar las bases del acuerdo.

Catedrático de Derecho y abogado.
Director del Instituto de Estudios Europeos (CEU).